



TOLEDO

Revista semanal de Arte.

ARTE E HISTORIA

Si los hombres que habitan Toledo tuvieran para él el amor y el respeto que merece, este pueblo grande, cual ninguno, sería doblemente más bello que es.

Ahora tiene la belleza propia, la suya, que se la dieron sus gloriosos antepasados, aquellos grandes artistas y soñadores, patriotas excelentes que lucharon por el pueblo con toda su vida, llenos de fe y de ilusiones; y contra esta belleza sin par, si imponen los que le habitan actualmente, estos hombres sin entusiasmos por nada, que tratan de destrozarle, que, dominados por un espíritu exento de sentimientos y de nobles ideales, laboran por destruir lo verdaderamente notable de Toledo, su aspecto, su ambiente todo.

Que se afanan, como lobos voraces, por traficar con sus detalles, por deshonrar la tierra que les hizo hombres; que profanan cínicamente el cuerpo y el alma inmensamente hermosa de su madre amada.

¡Pobre Toledo!

LAS DOS ROMAS

Dos ciudades quedan en pie sobre nuestro planeta igualmente grandes e indestructibles. Las dos están edificadas sobre colinas, y águilas heráldicas coronan la historia de ambas. Religiones, imperios, monarquías, civilizaciones, epopeyas, adversidades, triunfos y derrotas; festivales y días de desolación, las han hecho compañeras de grandeza, y las sostienen erguidas sobre los pedestales de la tradición, como ídolos que no pueden apearse sin la conmoción del mundo ilustrado, que las contempla a una y otra, dispuesto siempre a defenderlas.

Estas dos metrópolis son Roma y Toledo.

Saludarlas en cualquiera de las formas retóricas conocidas; sintetizar lo que de ellas conserva el santuario de la Historia, en los altares de sus archivos, es enviar un saludo a muchos siglos, o querer condensar en una página todo el proceso biológico de la humanidad.

Roma fué reina del mundo: Toledo es reina del arte. Por la ciudad Eterna, la acción destructora del tiempo ha ido pulverizando la piedra y demoliendo sus glorias monumentales. Por la imperial ciudad española, han pasado los siglos haciendo ruido con las alas, pero sin rozar las agujas góticas de sus monumentos, ni destruir los cipos sepulcrales en ellas levantados. El Tiber en Roma, parece que despide bruma destructora— acaso por ser la tumba de tanta víctima o el testigo de tantos crímenes.— El Tajo, en Toledo, parece que eleva brisas impregnadas en carbonato de cal, que van lentamente pe-

trificando lo menos consistente y haciendo más duros los materiales que lo eran ya en su principio. La *Casa de Oro*, que Nerón tenía en la ciudad de los Césares, con jardines que ocupaban cuatro leguas de extensión, baños con espitas de agua del mar y sulfurosa, una estatua del emperador de 120 pies de altura, hecha de oro y plata; pórticos cuyas columnatas ocupaban media legua, y comedores de movable y giratorio techo de marfil, arrojando flores y perfumes sobre las mesas.... esa *Casa de Oro*, con esas grandezas maravillosas, ha desaparecido.... En Roma quedan, es cierto, ruinas memorables que aún contemplan el viajero; pero si en ella desapareció la *Casa de Oro*, en Toledo quedan aún vestigios contemporáneos: en el circo, la naumaquia (?) el templo, el anfiteatro, el acueducto y la vía lata, que en la actualidad se conoce con el nombre de Camino de la Plata.

Roma en Italia y Toledo en España, son dos matronas de la arqueología, que se miran celosas de sus glorias a través de los Alpes y los Pirineos, ora vencedora una, ora vencedora la otra, porque no pueden jamás el conjunto y el detalle igualarse en dos ciudades cuya comparación tiene que ser relativa.

Pero dentro de las diferencias que la Historia acusa, las analogías son apreciabilísimas y dignas de mención.

Roma sale del sueño de lo desconocido, formándose de una agrupación de tribus errantes; jonios, dorios y etruscos, entre las penumbras de la fábula de Rómulo y Remo, para ser, es verdad, reina del mundo, y capital de la monarquía, de la república y del imperio. Toledo aparece, como una siempreviva, en la cresta de

una peña, en tiempos remotos como fundación de Tago, del oriental Rocas o de los mónides, rodeada, como Roma, de la leyenda del rey Hércules, para ser también albergue de la monarquía, capital del imperio, y residencia de reyes que empuñaron el cetro del mundo, como Carlos I y su hijo Felipe II.

Roma, como todo lo creado, nace, crece, florece, decae y conserva algo inmanente que el tiempo no destruye; por eso la vemos con la monarquía hacerse pujante, con la república poderosa, con el imperio, débil, crapulosa, abyecta; pero el cristianismo la hace su corte, y, a través de los siglos, el Pontificado se mantiene en ella como cabeza de una Iglesia universal.

Toledo, también crece y prospera en tiempo de los romanos, siempre codiciosos de poseerla; florece y es baluarte pujante, y capital preciada con los godos; se sostiene para alojar a los árabes, frente a Córdoba, que era la capital del califato; y sin llegar a envilecerse, como Roma en los días aciagos del imperio, decae cuando Valladolid y Madrid llegan a ser capitales de España; pero como la ciudad Eterna conserva la primacía del cristianismo y es la diadema patriarcal de la Iglesia española, a cuyos timbres gloriosos rodean con nimbo deslumbrador, la historia de sus concilios en tiempos pasados; la de los Eugénios, e Ildefonsos, siempre; la de sus Arzobispos primados, hoy. Gloria por gloria, decadencia por decadencia, dominación por dominación, parecen reflejo fiel la una de la otra, y si se dice Roma, Toledo se recuerda, y si Toledo se repronuncia, Roma parece que se escucha.

Toledo, en sus remotos tiempos, nació